



lar, paragramático e intertextual. Cada una de estas extensiones necesitaría de una exposición, no pertinente en este caso. Pero de hecho, la "infinidad del código" que realiza la práctica poética redistribuye las funciones de la lengua y produce una estructura otra (ortocomplementaria), en este caso, paralingüística. ¿Está suficientemente logrado el deseo de excentricizar el discurso? ¿y con respecto a qué? ¿No subyace siempre, impetuoso, potente, patente, el discurso lingüístico (es decir, los sistemas de las lenguas) que impregna imperialistamente la producción del saber contemporáneo, por lo menos en las ciencias sociales?

La poesía es excéntrica pues descentra un discurso, pero también lo es porque se mueve en un espacio desorientado donde las producciones del sentido no encuentran ni finalidad ni utilidad, cercenando la fuerte pulsión funcionalista y epistémica de los discursos transformadores. Pero no es un discurso subjetivo, es transubjetivo, no apela a... sino que convoca, más allá de cualquier intencionalidad, un fantasma originario: una escena-otra, un drama-otro, no reductible a las fantasías originarias ni a las representaciones dramáticas del deseo: es, más que el deseo, el lenguaje arcaico del deseo, una lengua muerta, un jeroglífico inmovible, al mismo tiempo origen del lenguaje, lenguaje de origen, una lengua madre que dice a todos los que quieren y pueden oír que es un discurso sin finalidad ni precedencia que se justifica por su solo y primitivo estar: totalmente arreferencial, la poesía es un síntoma y como tal legible por todos, no importa cuál sea la meta o el fin de esa lectura. Curiosamente, esta lengua primigenia no genera una alexia total: la poesía que nada tiene para comunicar se deja entender por todos. Cuando se toca ese reducto íntimo (origen y meta al mismo tiempo), la poesía —más allá de sus lenguajes de manifestación— encuentra —toca— el otro lugar de la conjunción poética, algo que se llama lector, espectador, receptor, *Otro* en suma, que recupera el plus de sentido de un texto que se excede a sí mismo. ¿Es por esto la poesía un hecho trascendental? De ninguna manera: transhistórica en la medida en que no está sujeta a las coyunturas estructurales, es fundamentalmente histórica en tanto está "sobredeterminada" por el régimen de producción estética de una sociedad, aunque esa producción no se agote en sus propios mecanismos sino que opera transformaciones en el horizonte humano y literario donde se genera. ¿Es acordarle demasiado o demasiado poco a la poesía?

2) *¿En caso de reconocer estos rasgos específicos, qué estatuto les otorgaría? ¿Los incluiría como un fenómeno propio del discurso poético o aparecerían como determinantes extralingüísticos?*

2) Los registros de la poeticidad son heterogéneos y operan por desmultiplicación tanto dentro del sistema literario como en el nivel de la sensibilidad histórica, superan el género, la serie, la literatura, el horizonte literario, aunque se enmarquen en ellos, para excederse dentro de un discurso excéntrico, asintótico, con respecto al logos, a la ciencia ortodoxa, al discurso estatuido. No requiere marginaciones individuales ni malditismos personificados, sino que es discurso que repugna al régimen de producción ideológica (y a su sentido) de una formación social determinada.

3) *¿Cree Ud., que existe una manera particular de leer poesía, una "lectura poética", en el sentido que la estructura del lenguaje poético (tradición, formas, géneros, etc.) determinaría una actitud previa en el lector?*

3) Los registros de la poeticidad son ubicuos, itinerantes: pueden producirse en partes de textos, en retazos de textos, en fragmentos de textos, y emigrar de un texto a otro. La "verdadera" historia de la poesía no congrúe con el género, ni siquiera con las "formas", sino con el sistema de producción poética no reductible a los simples procedimientos estilísticos ni a las legalidades del lenguaje: es un discurso paralingüístico heterogéneo que refiere tanto al sujeto histórico que lo produce como al "mundo" que lo sobredetermina; por lo tanto discurso plural que exige lecturas múltiples y permite una perfusión del sentido a diversos niveles de lectura. Los "ideogramas" de lectura, históricamente condicionados, leen el valor social de la poesía, pero no el sistema de producción poética que supera los marcos de la tradición, de los tópicos, de los géneros, aunque los incluya. Esto pareciera más bien una tarea de la crítica bien orientada. Existe ese valor social que determina la "poesía" como género "prestigioso" o "irrisorio", como "condensación de la experiencia humana" o como "forma de una fenomenología del espíritu", o incluso, más modernamente, como una semio-lógica de la expresión y el contenido (en el sentido hjesmesleviano de los términos). La "operación crítica" se convierte en un rasgo ideológico que se incorpora al ideograma de lectura. Así leemos los críticos, no sin sensibilidad pero sí intentando dar cuenta de esa sensibilidad. Oscuramente, insistentemente, la poesía emerge en otros lectores, en otras lecturas, que no tiene apoyatura teórica explícita. Leen con la ideología en la mano, se dirá, pero también con el deseo que, prescindiendo de la totalidad, se detiene en un juego aliterante, en una suspensión sintáctica, en una colisión metonímica, en una variación anafórica: lee el "detalle": allí donde precisamente se juega la encrucijada de la lengua y el síntoma.

4) *¿En qué poetas argentinos se manifestaría con mayor claridad esta preocupación por el lenguaje poético o, dicho de otro modo, en cuáles su trabajo de reflexión sobre el lenguaje determinaría su obra?*

4) El hecho de poesía —más allá de los umbrales de poeticidad que desate o frustre— implica el reconocimiento de un más allá del lenguaje, no de una detención del significante sobre sí mismo. Es el carácter proyectivo de la lengua poética la que define al discurso poético. Ese más allá no se realiza como un punto de llegada, sino como un *hacia* constante, punto de fuga infinitamente postergado que se dramatiza a sí mismo como un espacio probabilístico no controlable, es decir, donde las regularidades se cumplen, incluso se pueden predecir, pero donde no se puede intervenir para determinarlas. Si esto define de alguna manera al espacio volumétrico del discurso poético diría que Juan L. Ortiz, Hugo Padeletti, Juan José Saer ("El arte de narrar"), Héctor Piccoli, son poetas que resisten toda posibilidad antológica pues se determinan como deuterológicos, como campos de resistencia sólo legibles a partir de los propios vectores de fuerza que generan sus textos.